

La teología moral y el ateísmo ético de Kant

Roberto R. Aramayo

Profesor de Investigación en el IFS-CSIC ✉

Lisimaco Parra

Profesor Titular de la Universidad Nacional de Colombia ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/kant.96147>

ES Resumen: En Kant convive una teología moral y un *ateísmo ético* cuyo propósito es enfatizar el muy kantiano principio de autonomía. Estamos en el quicio de la segunda y tercera preguntas kantianas. El pensamiento kantiano permite hacer una doble lectura sobre sus reflexiones en torno a la religión, pero nunca puede abandonarse la perspectiva ética que impone su primado práctico. De ahí que unas colaboraciones nos hablen de la teología moral kantiana y otras pongan el acento en leer entre líneas, atendiendo al espíritu más que a la letra de los textos kantianos, para subrayar que dentro del formalismo ético la moral hace mutis por el foro en cuanto comparece una u otra divinidad.

Palabras clave: Kant; Ateísmo ético; Teología moral; Principio de Autonomía; Formalismo ético.

ENG Kant's moral theology and ethical atheism

Abstract: *Pace* Kant, a Moral Theology and an Ethical Atheism coexist whose purpose is to emphasize the very Kantian Principle of Autonomy. We are at the crossroads of the second and third Kantian Questions. Kantian Thought allows for a double reading of his reflections on Religion, but the Ethical perspective that imposes its Practical Primacy can never be abandoned. Hence, some collaborations tell us about Kantian Moral Theology and others put the emphasis on reading between the lines, paying attention to the spirit rather than the letter of Kantian texts, to emphasize that within Ethical Formalism Morality leaves the forum when in one way or another a Divinity appears.

Keywords: Kant; Ethical Atheism; Moral Theology, Principle of Autonomy; Ethical Formalism.

Sumario: 1. La paradójica convivencia de un ateísmo ético y una teología moral. 2. La batalla del “ateísmo ético” contra los fabuladores de un “ateísmo épico”.

Cómo citar: Rodríguez Aramayo, R./Parra, L., (2024). La teología moral y el ateísmo ético de Kant. *Con-Textos Kantianos*, 19, 1-3. <https://dx.doi.org/10.5209/kant.96147>

1. La paradójica convivencia de un ateísmo ético y una teología moral

Este dossier monográfico se debe al empeño de Lisímaco Parra, que concibió el proyecto hace largo tiempo y recabó la complicidad de Roberto R. Aramayo para llevar a término la tarea. La insistencia tan proverbial de ambos permitió que se organizara en Bogotá el I Congreso Kantiano en lengua española impulsado por una Sociedad recién creada por aquel entonces. Durante los encuentros con que ambos editores se regalan todos los veranos en Berlín fueron jaleándonos mutuamente, tal como hicieron con aquel que dio lugar en 2013 a un suplemento de la revista *Ideas y Valores* titulado “Kant: filosofía práctica. De la política a la moral”. Para esta ocasión lo cierto es que les hubiera complacido propiciar un encuentro internacional como los auspiciados varias veces por CTK, pero las inercias de la pandemia no lo permitieron. Hay que agradecer a quienes participan en este dossier sus respectivas contribuciones.

Por supuesto, se trataba de publicar estos materiales en 2024, para conmemorar los trescientos años que Kant hubiera cumplido el 22 de abril. La primera idea fue reunir los trabajos bajo el provocativo título de *Kant y el ateísmo*, que tenía su aspecto provocador, hasta su “puntito sexi”, como le gustaba decir a Lisímaco. Sin embargo, es más atinado añadir una alfa privativa entre paréntesis y un adjetivo imprescindible, resultando por lo tanto (*A*)*Teísmo Ético*. En Kant conviven una teología moral, magistralmente tratada por José Gómez Caffarena en *El Teísmo moral de Kant* (1983), y un *ateísmo ético* “a la Diderot”, cuyo propósito es enfatizar el muy kantiano principio de autonomía. Estamos en el quicio de la segunda y tercera preguntas

kantianas, aquellas que conciernen al cómo debemos comportarnos en caso de querer obrar moralmente y cuanto nos podemos permitir esperar si cumplimos con el deber.

El pensamiento kantiano permite hacer una doble lectura sobre sus reflexiones en torno a la religión, pero nunca puede abandonarse la perspectiva ética que impone su primado práctico. De ahí que unas colaboraciones nos hablen de la teología moral kantiana y otras pongan el acento en leer entre líneas, atendiendo al espíritu más que a la letra de los textos kantianos, para subrayar que dentro del formalismo ético la moral hace mutis por el foro en cuanto comparece una u otra divinidad.

Miguel Giusti (PUCP, Perú) nos habla del giro copernicano que pone a “Dios en la guillotina” y lo hace con su estilo de costumbre, que conjuga magistralmente la claridad y el rigor conceptual. El dilema entre creer y saber es abordado por Julia Muñoz (UNAM, México) en “La falsa simplicidad del rechazo kantiano al ateísmo”. No podía faltar una imprescindible contextualización histórica como la que nos ofrece Vicente Durán (Universidad Javeriana de Bogotá, Colombia) en su “Kant, jesuitas y catolicismo”. Ileana Beade (Universidad del Rosario, Argentina) y Silvia del Luján Di Sanza (Universidad de San Martín, Argentina) aportan dos artículos muy complementarios titulados, respectivamente: “La fe racional como creencia moral y la impugnación del ateísmo en *Qué significa orientarse en el pensamiento*” y “La teología moral de Kant: ni ateísmo ni vindicación de la causa de Dios”, que a su vez entroncan perfectamente con la aportación de Luis Placencia (Universidad Nacional de Chile, Chile) sobre “La presencia de Dios en la concepción kantiana del *Gewissen*”. El único trabajo traducido al español por Luis Placencia e inédito en nuestra lengua es el de Reiner Enskat (Universität Bundeswehr München, Alemania). Desde California nos llega el único escrito en inglés por John Christian Laursen (University of California Riverside, USA) presentando a “Kant como ateo bayleano”. En esta misma línea Javier Espinosa (Universidad de Castilla La Mancha, España) hace un estudio comparativo entre Spinoza, Kant y Bonhoeffer, cuyo común denominador sería el *Deus in nobis* propio de una ética sin trascendencia. Conforme a su trayectoria kantiana, Lisímaco Parra (UNALCO, Colombia) elabora una original interpretación estética de los postulados kantianos en su “Si Dios ha muerto, no todo está permitido”. Roberto R. Aramayo (IFS(CSIC, España) relata un encuentro clandestino de Kant con Diderot en pro del ateísmo ético surgido de sus conversaciones con el cineasta Fernando Trueba, recogido al mismo tiempo en el número que ha dedicado al Tricentenario kantiano por la *Revista de Occidente*.

2. La batalla del “ateísmo ético” contra los fabuladores de un “ateísmo épico”

Aun cuando en pleno Renacimiento Maquiavelo había delimitado con exactitud los ámbitos de la moral y la política, esta fusión seguía siendo altamente rentabilizada por el trono y el altar, que compartían el interés de asegurarse mutuamente su propia supervivencia. Despojar a la monarquía de su respaldo teológico significaba tanto como ponerla en cuestión y criticar su indiscutible legitimidad. El déspota lo era por designio divino y había que acatar su autoridad como si fuera la del mismísimo Dios. A la recíproca la religión local era defendida por los ejércitos reales y se hacía imperar su ortodoxia con las armas en la mano. Las guerras de religión asolaron a Europa porque tras los credos había unos intereses políticos que se jugaban su preponderancia.

En este contexto el *Diccionario crítico* de Pierre Bayle fue un hito capital para cuestionar los dogmas político-religiosos. El singular pensamiento de Spinoza se deslizaba por todos los recovecos del pensamiento y daría lugar en su momento al célebre *conflicto del ateísmo* protagonizado por quienes profesaron el Idealismo alemán. D’Alambert y Diderot propiciaron una *Enciclopedia* que logró cambiar el modo de pensar, haciéndolo más reflexivo y crítico. El sano escepticismo metodológico de Hume puso en jaque a los dogmatismos, dado que cualquier conocimiento debía partir de la experiencia. Gracias a Newton se podían leer en clave matemática los códigos de la naturaleza. Rousseau insistió en que somos los que la política hace de nosotros. Incluso la economía se veía regida por una mano invisible que regulaba el mercado al margen del monarca de turno.

Todo esto suponía un auténtico terremoto en el plano de las ideas, cuya intensidad superó con creces al seísmo de Lisboa del año 1755. Algunos déspotas como Federico II de Prusia o Catalina II de Rusia vieron que resultaba más aconsejable dejarse ver con los filósofos que con los representantes del clero. La pluma de Voltaire demostró tener una influencia decisiva sobre la opinión pública y su denuncia del caso Calas consiguió revisar una sentencia que hizo historia. Pero las ordenes religiosas no podían consentir que usurparan sus puestos como preceptores de la nobleza y tutores del pueblo. Los enciclopedistas, llamados con cierto desprecio *philosophes*, fueron estigmatizados con un ingenioso sobrenombre que hizo fortuna. Eran los *cacouacs*, del griego *kakos* (“malo”), para designarlos como si fueran una nueva tribu salvaje tanto más temible por creerse civilizada. Estos “malotes” hacían el mal por puro placer.

Para desacreditarlos fueron descritos como una secta de fanáticos insoportables que debían ser acallados por suponer un peligro para la humanidad. ¿Qué se podía esperar de unos materialistas que además eran ateos e impíos y por lo tanto gentes de mal vivir que socavaban las costumbres ancestrales? Poco importaba que la mayoría fueran cuando menos deístas y todos fueran reformistas que pretendían mejorar el orden político establecido con su asesamiento al poder. Era gente peligrosa y debían quedar al pie de los caballos. En su excelente trilogía sobre *Las pasiones intelectuales* Elisabeth Badinter detalla esta cruzada religiosa contra los *philosophes* y las divisiones que provocó en sus filas. Pese a ello las aportaciones de la Ilustración escocesa, el Siglo de las Luces galo y la *Aufklärung* alemana iniciaron un programa emancipador que por desgracia mantiene su plena vigencia, puesto que la superstición y el fanatismo siguen imperando con otras máscaras, deseosos de tutelar a la ciudadanía como si estuviera en un parvulario.

Como denuncia Kant en *El conflicto de las Facultades*, nuestro sacrosanto anhelo de comodidad nos hace seguir a los taumaturgos que nos prometen solucionar todos nuestros problemas como si pudieran hacerlo mágicamente. Convenía desacreditar a quienes proponía criticarlo todo deliberativamente para luego adoptar un criterio propio y autónomo. Así es como se inventó lo que aquí se da en llamar *ateísmo épico*, una negación de Dios que pretendería socavar los fundamentos del mundo político y moral, además de abolir el reino de los cielos. El problema es mucho más complejo. Al no poder demostrarse teóricamente la existencia de Dios, cundió el agnosticismo. Pero por añadidura la ética parecía más viable prescindiendo del protagonismo conferido tradicionalmente a Dios. De ahí que pueda hablarse de un aparentemente paradójico *ateísmo ético*. Spinoza fue un ateo virtuoso y esto rompía los esquemas pre-modernos.

Kant bregó con esta problemática, como muestra por ejemplo su teoría del bien supremo, con su filosofía de la religión y su filosofía de la historia. No se trata de optar por un tratamiento en detrimento del otro, porque ambos no dejan de presentar perspectivas complementarias. Lo que le preocupaba en realidad era el tema de la responsabilidad y por eso desestimaba cualquier expediente que pudiera servirnos de coartada para no rendir cuentas ante nuestra conciencia. Son cuestiones a las que seguimos dando vueltas con y desde Kant, aunque a veces hayamos de hacerlo en su contra, criticándolo implacablemente cuanto nos parezca un desatino, tal como le hubiera gustado que hiciéramos con su legado.

El mejor homenaje que se le puede tributar es familiarizarse con sus fecundas ideas para llevarle la contraria y no considerar sus escritos como una suerte de verdades reveladas o textos a los que rendir un culto sagrado. Nada sería más contrario a sus enseñanzas y por eso le consideramos un interlocutor válido, con quien resulta sugestivo dialogar con una metodología mayéutica, sin temor a servirnos de nuestro propio discernimiento sin dejarnos llevar por los prejuicios o los argumentos de autoridad para dar nuestras propias respuestas, que habrán de ser absolutamente provisionales hasta dar con otras mejor contrastadas. Resulta sospechoso pretender imponer el propio criterio a toda costa o abdicar de nuestra responsabilidad secundando ciegamente una obediencia que contradiga nuestro dictamen ético. Como señala ese atento lector del Kant práctico que fue Javier Muguerza, siempre nos cabe apostar por una vía negativa, si nos proponemos luchar por ideales como la paz, la justicia o la democracia, puesto que siempre podemos hacerlo “jugando a la contra”, es decir, “oponiéndonos a las guerras, tratando de erradicar las injusticias y rebelándonos contra las tiranías”.